

floreció por el 160 de nuestra época; hombre, como San Agustín, en quien la antigüedad hablaba sus últimas, y la modernidad sus primeras palabras. Y a propósito de ambos filólogo y santo, éste, que sentía por aquél gran entusiasmo, le llama *vir elegantissimi eloquii et multae de facundae scientiae*. Apuleyo, Ammiano, Marcelino, Nonio y Macrobio, filólogos eminentes todos ellos, le deben no pocas de sus ideas y noticias. En Roma como en Atenas gozabase Aulo Gelio, gran señor, en provocar amenas discusiones en la sociedad de gramáticos y de anticuarios, que frecuentaba, y en que brillaban el filósofo galo Favorino y el africano Cornelio Frontón, maestro de Marco Aurelio. Después de cada conversación de éstas, Gelio tomaba notas. Sus *Noches Áticas*, selección de estas notas revisadas y retocadas, están llenas de bellas enseñanzas para quien puede aprender cosas bellas. Por algo el apasionado obispo de Hipona amaba a Aulo Gelio.

»Cuenta el romano que al discutirse sobre los argumentos que los griegos llamaban *antistrephonta*,—esto es, que pueden retorcerse,—alguien pretendió que debía considerarse de esa especie el silogismo de Bías, varón sabio y noble, quien, pedido su consejo sobre si cierto joven como tú debía casarse, dijo que la mujer con quien se casara sería o hermosa o fea; y que, si hermosa, su marido debía prepararse a compartirla con otro, y, si fea, a convivir con una furia: luego el joven no debía casarse. Tal respuesta, cuenta Gelio, alegaron algunos que podía retorcerse de este modo: Si aquélla con quien se case es hermosa, no será una furia; si es fea, estará seguro de no compartirla con otro: luego debe casarse. Mas Favorino dijo sabiamente, al oír el silogismo de Bías, que no encontraba completa la distinción de su primera premisa, porque, decía, el pensamiento de Bías no puede aplicarse más que a las mujeres notables por su hermosura o fealdad, siendo que, entre lo uno y lo otro, existe un medio en que Bías no se fijó. Oye a Gelio:

»Entre la mujer de rara hermosura y la repugnantemente fea, existe la que, igualmente distante de los dos extremos, no posee bastantes encantos para alarmar a su marido, ni se encuentra tan desprovista de ellos que le cause aversión. Para designar esta clase de belleza media, empleó Ennio una expresión muy elegante en su tragedia de Melanippo. Al hablar de las esposas que no son infieles ni malas, dice que son stata forma: *razonablemente hermosas*. Favorino caracterizaba ingeniosamente este género de belleza modesta, llamándola belleza de las esposas. Ennio dice en su tragedia de Melanippo que las leyes de la castidad fueron respetadas siempre por estas mujeres de belleza razonable.»

Cerró Gissing el grueso volumen y se quedó pensando como lleno de recordaciones. Para disimular mi turbación tomé el libro de sus manos y me puse a hojearlo. Sobre las páginas latinas enmarañadas con citas griegas no vi palabra alguna sino que, bella con belleza de diosa, a mi adorada exprimidora de naranjas. ¡Ah, si en vez de consultar a Gissing me hu-

## La Pluma

Revista mensual  
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo

Precio del ejemplar:..... 0.40 ORO

Redacción, Administración:

ROQUE GRARSAES 662.

biera dejado guiar por el instinto de mi corazón! Se hacía tarde. Maruxa Castro entró, calladita, sonriendo su sonrisa desdentada, para servirnos el té. En la esquina donde nos habíamos dado cita, mi beldad estaría esperándome impaciente. ¿He contado que me atreví—el amor hace valientes a los hombres: así, al menos, enseña Platón—a entrar al lugar donde sirve mi *innamorada*, y que osado, desesperadamente osado, la invité al cine, y que aceptó, y que le dije mi amor, y que le pedí un beso, y que me dijo, sería, que

besaría sólo a quien con ella se casara? ¡Ay de mí, que no será conmigo! ¡Mejor nunca hubiera leído en mi vida un solo libro! No conociera a Gissing, ni un imperfecto silogismo de Bías me hubiera deshecho la felicidad. La erudición tiene sus mártires. Mi corazón ha quedado apretado dentro del tomo de Aulo Gelio como hoja de geranio puesta allí a secar. Los que leáis las *Noches Áticas*, sabed que entre sus páginas se marchitó la flor de mi juventud, mi única flor.

A Maruxa Castro le he preguntado:

—¿Usted sabe leer, Maruxa?

—El señoritu tiene gracia, respondió. Nu se leer. Bastante hago cum hablar.

—Maruxa,—le he dicho emocionado—diera cuanto he vivido por ser tan ignorante como usted.

—¿El señoritu se habrá enamorado? me preguntó.

Gissing se quedó viéndola y ella, calladita, se retiró a la cocina.

## Persiles

Heredia, marzo, 1931.

## La húngara

= De A B C. Madrid =

1

Quisiera vivir, morir,  
por las vereditas, siempre.  
¡Déjame morir, vivir;  
deja que mi sueño rueda  
contigo al sol, a la luna,  
dentro de tu carro verde!

2

—Vas vestida de percal...  
—Sí; pero en las grandes fiestas  
visto una falda de raso  
y unos zapatos de seda.  
—Vas sucia, vas despeñada...  
—Sí, pero en las grandes fiestas  
me lava el agua del río  
y el aire puro me peina.

3

...Y yo, mi niña, teniendo  
abrigo contra el relente,  
mientras va el sueño viniendo.  
...Y tú, mi niña, durmiendo  
en los ojitos del puente,  
mientras va el agua corriendo.

4

¡Por toda España, contigo!  
¡Por las ferias de ganados,  
por las plazas de los pueblos,  
vendiendo caballos malos,  
vida, por caballos buenos!  
¡Por todo el mundo contigo!

5

Tan limpiita, tan peinada,  
con esos dos peinecillos  
que te asesinan las sienas,  
dime, di, ¿de dónde vienes?  
Con esa falda encarnada  
y esas dos rosas de lino  
en tus zapatitos verdes,  
dime, di, ¿de dónde vienes?

6

No puedo, hasta la verbena,  
pregonar mi mercancía,  
que el alcalde me condena.  
¿Pero qué me importa a mí,  
si en estos campos, a solas,  
puedo contártela a ti?  
—¡Caballitos, banderolas,  
afileres, redecillas,  
peines de tres mil colores!  
¡Para los enamorados,  
en papeles perfumados,  
las dulces cartas de amores!  
¡Alerta, los compradores!

7

—Por una noche, a mi casa.  
¡Vente a dormir a mi cuarto!  
—Mire, señor,  
tengo mi carro.  
—Por una noche en tu casa.  
¡Quiero dormir en tu carro!  
—Mire, señor,  
tiene su casa.

8

Yo, por el campo, a las eras,  
pensando en tu vida errante  
por todas las carreteras.  
Tú, en la ventana del carro,  
mirándote a un espejito  
y con un peine en la mano.

9

¿Por qué vereda se fue?  
¡Ay, aire, que no lo sé!  
¿Por la de Benamejí?  
¿Por la de Lucena o Priego?  
¿Por la de Loja se fue?  
¡Ay, aire, que no lo sé!  
Ahora recuerdo: me dijo  
que caminaba a Sevilla.  
¿A Sevilla? ¡No lo sé!  
¿Por qué vereda se fue?  
¡Ay, aire, que no lo sé!

Rafael Alberti